

Cuando yo, fraile, pregunté a esa sierva de Cristo si las cosas descritas en el séptimo paso tienen para el alma mayores atractivos que las precedentes, ella contestó que sin comparación alguna tienen mayores atractivos que las precedentes. Y dijo: "Es tanto mayor que, lo que digo, me parece no diga nada o lo diga mal". Y añadió: "Todo lo que digo, me parece una blasfemia. Por eso me sentí del todo enferma cuando me preguntaste si tiene más atractivos que lo descrito hasta aquí, y contesté de esa manera".

Este altísimo paso corre junto al sexto por algún tiempo. Poco a poco el sexto desaparece y queda el séptimo.

Aclaración de Fray Arnaldo

Después de estas premisas, el relato que sigue inmediatamente, si bien por el orden convendría insertarlo en el paso que indiqué como vigésimo, sin embargo, es el principio y lo primero que yo, fraile, escribí sobre este libro de las palabras divinas. Y comencé a escribir en una pequeña hoja de papel, de manera incompleta y descuidada, como si fueran unos apuntes personales, porque creía que era poco lo que iba a escribir.

Poco tiempo después que yo la obligué a hablar, a la sierva de Cristo le fue revelado y ordenado que, para escribir, yo me procurara no una hoja minúscula sino un cuaderno grueso. Pero como yo no le creía, escribí con diligencia en dos o tres hojas que pude hallar libres en mi libreta. Más tarde, por obligación, me procuré un cuaderno de papel. Por esta razón, antes de seguir adelante, me parece oportuno referir cómo yo llegué a conocimiento de estas cosas y por qué causa me sentí absolutamente forzado a escribirlas, ya que era Dios quien me empujaba de su parte.

La razón o el motivo personal que me indujeron a escribir fueron los siguientes. La sierva de Cristo había venido una vez a San Francisco de Asís, donde yo vivía como fraile conventual, y sentada en el umbral de la puerta de la iglesia, había lanzado fuertes gritos. De ese hecho yo, que era su pariente y

confesor, y también su consejero personal y principal, sufrí mucha vergüenza, sobre todo porque numerosos frailes, que nos conocían a mí y a ella, habían acudido para observarla, mientras lanzaba grandes voces y gritos.

En ese trance estaba cerca de ella humildemente sentado en el pavimento ese santo varón, del cual se hizo mención anteriormente en el paso vigésimo, ya que quería despojarse de sus bienes junto con ella, y que era compañero de su viaje. El la miraba y la protegía con la más grande reverencia y pena. Igualmente, otros compañeros suyos, varones y mujeres muy buenos, la atendían y la protegían respetuosamente. En cambio yo, herido de orgullo y soberbia y avergonzado, no me acerqué a ella, sino que, ruborizado, indignado y un tanto alejado de ella, esperé que gritara. Y también después que acabó con esos gritos y clamores, y se levantó de ese umbral y se acercó a mí, no le pude hablar con serenidad. Le ordené que en adelante jamás se atreviera a venir a Asís, ya que estaba sujeta a semejantes crisis, y ordené también a sus compañeros que no la trajeran más.

Poco tiempo después retorné de Asís a nuestro pueblo, donde ella y yo habíamos nacido, y queriendo conocer la causa de toda esa vociferación, insistí, de todas las maneras que pude, que me indicara la razón por la cual había gritado tanto y había hecho tanto estrépito, al venir a Asís.

Angela, después de haberme hecho prometer firmemente que no lo diría a ninguna persona viviente que pudiera conocerla, comenzó a referirme algo de la historia que en seguida escribiré, después de la presente aclaración. Como me quedé estupefacto y consideré que la cosa fuera sospechosa, en el temor de que en el asunto entrare algún espíritu maligno, mucho me esforcé por hacérselo aparecer sospechoso. Y le aconsejé y le obligué a que me contara todo. Le decía que yo quería transcribirlo todo para poder consultar a un varón sabio y espiritual, que no la conociera. Le expliqué que quería hacer eso, para que ella de ninguna manera pudiera ser engañada por algún espíritu maligno. Me esforzaba por inspirarle miedo y le citaba ejemplos de muchas personas que en el pasado

habían sido engañadas; de ahí que ella también podía ser engañada. Y ella, que todavía no había llegado al grado de clarísima y perfectísima certeza, a la cual más tarde llegó —como será claro a través de cuanto se irá escribiendo— comenzó a manifestarme los secretos divinos.

En verdad, de esos secretos divinos era tan poco lo que podía comprender para transcribirlo que pensé y entendí que yo era como un tamiz o un colador, que no retiene la harina fina y preciosa, sino sólo la más gruesa. Y yo, que comenzaba a experimentar en mí una gracia de Dios especial y nueva, que jamás había experimentado antes, escribí con gran reverencia y temor, para no añadir de lo mío ni una sola palabra a los conceptos que podía captar de los labios de ella. Y por eso rehusaba escribir algo cuando me alejaba de ella. Y también, cuando para escribir me sentaba junto a ella, me hacía repetir a menudo las palabras que debía escribir. Y lo que yo transcribía en tercera persona, Angela lo decía siempre de sí hablando en primera persona; pero por la prisa me sucedió escribir en tercera persona, y todavía no he corregido el texto.

Aquí puede entenderse el hecho de que de las palabras divinas yo no podía captar más que lo más grueso, porque de vez en cuando, aún transcribiéndolo exactamente, como podía captarlo de sus labios, mientras le releía lo escrito, para que luego siguiera dictando, ella me dijo con estupor que no las reconocía. Y otra vez al releerle para que juzgara si había escrito bien, contestó que mis palabras eran secas y sin ningún gusto, y se asombraba de esto. Otra vez se expresó de esta manera: “Oyendo estas palabras me acuerdo de todas las que te dije; pero lo que tú escribes, es muy oscuro porque las palabras que tú me lees, no explican el contenido. Por eso es un escrito oscuro”. Y en otra oportunidad habló así: “Has escrito lo que es peor y lo que es basura; pero nada has escrito de lo más precioso que siente mi alma”.

Sin duda esto sucedía por culpa mía, no porque hiciera alguna añadidura, sino porque de veras no podía captar todo lo que ella decía. Y ella reconocía que yo escribía cosas verdaderas, pero de manera truncada y empobrecida. Y yo, sabien-

do que soy muy lento para escribir y temiendo el juicio de los frailes, que murmuraban por el hecho de sentarme junto a ella en la iglesia para escribir, me daba mucha prisa para hacerlo. Hasta juzgo un milagro de Dios el escribir de manera ordenada lo que escribí. Esto será manifiesto por lo que le fue revelado en el paso vigésimoprimer o en la segunda revelación de la divina unción. Y le fue revelado y dicho que había escrito cosas verdaderas e inmunes a toda falsedad, pero que mi transcripción era muy defectuosa.

Y si de vez en cuando me ponía a escribir con la conciencia en desorden, tanto a mí como a ella nada nos salía bien; tampoco podía escribir nada en orden o correctamente. Por eso, en cuanto podía, me esforzaba por ir a hablarle y a escribir con la conciencia en paz. Algunas veces procuré hacer una previa confesión de mis pecados. Reconozco que por obra de la divina gracia, sobre cualquier pregunta que le hiciera bajo la inspiración de Dios, la respuesta fluía ordenada. Era la gracia divina que obraba maravillosamente, más allá de cuanto pudiera esperar.

Sin embargo, estaba muy preocupado y angustiado, porque muchas cosas, merecedoras de ser escritas, las omitía, ya por la prisa y por mi incapacidad ya por temer a los frailes que me eran contrarios. A causa de las muchas críticas de los frailes fui reprendido por el padre guardián y también por el padre provincial, y se me prohibió severamente la redacción, sin duda porque ignoraban lo que estaba escribiendo y lo bueno que era.

Quiero explicar cómo y cuándo comencé a escribir después que le sucedió a esa sierva de Cristo lanzar voces y estridencias en la iglesia de San Francisco, como se relató precedentemente.

Vuelto de Asís a mi pueblo, que era también el de ella, comencé a preguntarle con insistencia y de muchas maneras y con todos los recursos que podía, hasta obligarle a decirme cuáles fueron las verdaderas causas y el motivo que la impulsaron a gritar y vociferar en la iglesia de San Francisco. Y Angela, obligada de esta manera, después de recibir mi firme

promesa de que yo no se lo manifestaría a ninguna persona viviente que la pudiera conocer, comenzó a relatarme que cuando iba a Asís, en esa oportunidad sobre la cual yo le hacía preguntas, iba rezando por el camino.

Las maravillas del paso vigésimo

Entre otras cosas, había pedido al bienaventurado Francisco que rogara a Dios por ella y le alcanzara la gracia de sentir a Cristo, de practicar perfectamente la regla franciscana que acababa de profesar, y sobre todo de vivir y morir verdaderamente pobre.

Había ella deseado tanto alcanzar la perfecta pobreza que con esta finalidad peregrinó a Roma, para rogar al bienaventurado Pedro que le impetrara de Cristo la gracia de hacerse verdaderamente pobre.

Así en esa ocasión, mientras se dirigía a la iglesia de San Francisco, rogaba al santo que le alcanzara del Señor Jesucristo la misma gracia. Y me relató muchas otras cosas que había pedido en oración durante el camino. Y cuando llegó al pueblo de Spello y tomó el camino estrecho que está más allá de Spello y que sube hacia Asís, ahí en el cruce le fue hablado así¹³.

“Tú rogaste a mi hijo Francisco y yo no quise enviarte otros mensajeros. Yo soy el Espíritu Santo que vine a ti para darte una consolación de la que jamás gustaste. E iré contigo, dentro de ti, hasta la iglesia de San Francisco, y nadie lo conocerá. Quiero seguir hablando contigo a lo largo del camino, y no daré término a mi conversación, y tú no podrás hacer ninguna otra cosa, porque yo te he arrebatado. Y no me alejaré de ti hasta que por segunda vez entres en San Francisco. Entonces te quitaré esta consolación; pero en adelante yo jamás me alejaré de ti, si me amas”.

Y comenzó a decir: “Hija mía, dulzura mía, hija mía, deli-

¹³ Se conoce perfectamente este *cruce* de caminos, junto al cual se levantó una capilla dedicada a la Trinidad.

cia mía, templo mío; hija, delicia mía, ámame, porque tú eres muy amada por mí, mucho más de lo que tú me amas”. Y muy a menudo repetía: “Hija y mi dulce esposa”. Y añadió: “Yo te amo más que a cualquier otra que viva en el valle de Spoleto. Y ya que yo puse mi morada y mi refugio en ti, ahora tú ven a morar en mí y descansa en mí. Tú rogaste a mi siervo Francisco. Porque mi siervo Francisco mucho me amó, yo hice mucho por él. Y si todavía hubiere una persona que me amase aún más, aún más haría por ella.

Y yo haré por ti lo que hice con mi siervo Francisco; y más aún, ¡si tú me amas!”

A estas palabras mi alma comenzó a dudar mucho y le dijo: “Si tú fueras el Espíritu Santo, no me dirías estas cosas, porque no es conveniente. Yo soy frágil y podría sentir vanagloria”. Y respondió: “Ahora piensa si tú puedes sentir por todas estas cosas alguna vanagloria que te enorgullezca, y si puedes librarte de ellas”. Y comencé a esforzarme por sentir vanagloria, para constatar si era verdadero lo que me decía, y si El era el Espíritu Santo. Y comencé a mirar los viñedos para escaparme de ese discurso. Y dondequiera mirara, El me repetía: “Esta es una criatura mía”. Y experimentaba una dulzura divina, inefable.

En ese momento afloraban a mi memoria todos mis pecados y vicios, y no veía en mí más que pecados y defectos. Y sentía en mi interior tanta humillación como jamás había probado. Y todavía se me decía que el Hijo de Dios y de la bienaventurada Virgen María se había inclinado delante de mí y decía: “Si todo el mundo viniera ahora a ti, tú no podrías de ningún modo hablarle, porque a ti ha venido todo el mundo”. Y para asegurarme acerca de mi duda, decía: “Yo soy el que ha sido crucificado por ti, y tuve hambre y sed por ti, y derramé mi sangre por ti, porque te amaba mucho”. Y recordaba toda la pasión y decía: “Pídeme cualquier gracia que desees para ti y tus compañeros y para quienquiera tú desees, y prepárate a recibirla”.

Yo dije, o más bien mi alma gritó: “No quiero pedir, porque no soy digna”. Y me volvían a la memoria todos mis peca-

dos. Y el alma dijo: “Si tú fueras el Espíritu Santo, no me dirías cosas tan grandes. Y si lo dijeras, la alegría debería ser tan grande, que el alma no podría sostenerla”. Me contestó: “Porque nada puede ser o hacerse sino lo que yo quiero, por esto no te doy alegría mayor que ésta. Cosas menores que éstas yo dije a otros; y aquel al que las dije se desmayó, sin poder sentir ni ver ¹⁴. Tú caminas con tus compañeros, que no saben nada, y por eso no te doy un sentimiento mayor. Te doy esta señal: esfuérzate por hablar con tus compañeros, piensa en otras cosas, buenas o malas, y no podrás pensar en ninguna otra cosa fuera de Dios. Hago todo esto, pero no por tus méritos”. Entonces afloraban a mi memoria mis pecados y mis defectos, y reconocía ser digna del infierno más que nunca. El me repetía: “Lo hago a causa de mi bondad. Si hubieras venido con otros compañeros, no hubiera hecho estas cosas por ti” ¹⁵.

Porque ellos de algún modo advertían mi languidez —ya que en toda palabra alcanzaba un gran consuelo—, por un lado hubiera deseado llegar a la meta, por otro deseaba que este camino no acabara nunca por toda la eternidad. Y cuán grande fuesen la alegría y la dulzura que Dios me hacía sentir, no puedo apreciarlo, sobre todo cuando dijo: “Yo soy el Espíritu Santo que entra en ti”. Igualmente, cuando me decía las otras cosas, experimentaba una inmensa felicidad. Yo decía en mi ardor: “Aquí se verá si eres el Espíritu Santo, porque vendrás a mí, como has dicho”.

Y El me dijo: “Yo te quitaré esta consolación, cuando entres por segunda vez a San Francisco; pero no me alejaré de ti jamás, si tú me quieres”. Y vino conmigo hasta San Francisco, como me había prometido, y no se alejó de mí cuando entré a San Francisco y me detuve en la iglesia, y continuó a estar con-

¹⁴ Tal vez aquí se hace alusión a la conversión de san Pablo en el camino de Damasco (Hech. 9, 4...).

¹⁵ El Señor a veces condiciona la concesión de ciertas gracias, según los méritos de las personas con las que se convive. Es uno de los aspectos de la solidaridad y comunión entre los miembros del Místico Cuerpo de Cristo.

migo hasta después de la comida, o sea, hasta cuando volví a entrar al templo.

En esta segunda oportunidad, apenas me arrodillé en el umbral de la iglesia y vi a San Francisco pintado en el seno de Cristo ¹⁶, El me dijo: “Así te tendré apretada, y mucho más de lo que tú puedas ver con los ojos del cuerpo. Ahora ha llegado el momento, hija dulce, templo mío, delicia mía, en que debe cumplirse lo que te dije. Te quito esta consolación, pero no te dejaré jamás, si tú me amas”. Si bien estas palabras fueron amargas, todavía experimenté en ellas una tal dulzura, que fue más que dulce, dulcísima. Y miré para ver también con los ojos del cuerpo y de la mente.

Y como yo, fraile, insistía en preguntarle: “¿Qué es lo que has visto?”, ella respondió:

He visto una plenitud, una majestad inmensa, que no sé describir. Me parecía fuese el “Todo Bien”.

Al alejarse, me dijo muchas palabras de dulzura, y se alejó con indecible suavidad, lentamente, poco a poco.

Fue entonces, al ausentarse, cuando comencé a lanzar voces y gritos, y sin ningún pudor vociferaba y clamaba, repitiendo esta frase: “Amor no conocido, ¿por qué me abandonas?”. No era capaz de decir otra cosa, ni añadir palabra. Solo sabía gritar sin pudor la frase anterior: “Amor no conocido, ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?”. Pero la frase estaba tan cubierta por el grito que no se entendía. Entonces me dejó con la certeza y sin ninguna duda de que él era a todas luces Dios. Y yo gritaba por el deseo de morir. Estaba aplastada por un gran dolor porque no moría y me quedaba. Entonces todas mis junturas se desencajaban.

¹⁶ En la basílica superior de San Francisco, en un vitral cerca de la puerta, se admira aún hoy en día una gran figura de Cristo que aprieta entre sus brazos a San Francisco, de tamaño menor. Delante de este cuadro sucedieron los hechos y las palabras que nos relata Angela y que terminaron en una crisis clamorosa, en el momento en que el Espíritu Santo se alejaba de ella.

De vuelta de Asís, iba por el camino hacia casa, colmada de esa suprema dulzura. Hablaba de Dios, y el callar me era gran pena; pero me esforzaba por abstenerme a causa de los compañeros.

A la vuelta por el camino de San Francisco, El me dijo entre otras estas palabras: “Te doy esta señal de que soy yo el que te habla y te ha hablado. Te doy la cruz y el amor de Dios dentro de ti. Y esta señal estará contigo eternamente”. En seguida comencé a sentir esa cruz y ese amor, profundamente, en el alma; y esa cruz la experimentaba corporalmente, y sintiéndola, mi alma se derretía en el amor de Dios. Durante el camino, yendo a Asís, me había dicho: “Toda tu vida, tu manera de comer, beber y dormir, y tu vivir, todo me gusta”.

Vuelta a casa, sentía en ella una dulzura y una paz tan grandes que no sé cómo expresarlas. Deseaba morir, y me pesaba tanto el vivir, a causa de esa dulzura y de esa paz, serenas, amables, e inefables, que, para llegar a ellas —que por otra parte sentía ya en mí— y para no perderlas, deseaba morir a este mundo. El vivir me era un tormento, mucho mayor que el dolor por la muerte de la madre y de los hijos y más que todo dolor que yo pudiera imaginar. Y yací en casa postrada por ocho días en esta languidez y en este inmenso consuelo.

El alma gritaba al Señor: “Ten piedad de mí y no permitas que yo quede más en este mundo”.

Este delicioso e inefable consuelo ya me lo había predicho por el camino yendo a Asís: “Cuando hayas vuelto a tu casa, sentirás una dulzura distinta, que jamás has gustado. No te hablaré, como hasta ahora, sino que experimentarás”. Y comencé a experimentar esta dulzura, este inefable consuelo, una tal paz y una tal quietud que no sé cómo describir. Y quedé postrada por ocho días, tanto que apenas podía hablar, ni rezar el *Padrenuestro*, ni casi levantarme.

Y me había dicho durante el camino yendo a Asís: “Yo estuve muchas veces con los Apóstoles. Me veían con los ojos del cuerpo, pero no sentían lo que ahora tú sientes. Tú no me ves y sin embargo me sientes”. Y cuando advertí que estaban por terminar estos coloquios, El mismo se alejó de una manera

muy amable y dijo estas palabras: “Hija mía, querida a mí, más que yo a ti”. Y repitió las frases ya mencionadas: “Templo mío, delicia mía”. Y no quiso que en la despedida me hallara postrada, sino que en estas palabras estuviera de pie, y me dijo: “Tú tienes el anillo de mi amor, y estás prendada de mí, y jamás te alejarás de mí. Y que tú y tu compañera tengáis la bendición de Dios Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Dijo esto en la despedida. Porque yo le había pedido una gracia para mi compañera, añadió: “A tu compañera voy a dar otra gracia”.

Cuando me dijo: “¡Jamás te alejarás de mí!”, el alma exclamó: “¿Y cuando cometa algún pecado mortal?”. Y me contestó: “Yo no quería decirte eso”. Y desde entonces, y a menudo, sentí inefables aromas.

Estas y otras cosas fueron tan grandes que me siento incapaz de relatarlas. Apenas puedo balbucir algunas palabras. Menos todavía puedo describir la dulzura y el gozo. Esta conversación se realizó muy frecuentemente, pero jamás con tanta paz, con tanta profundidad y con tanta dulzura

Testimonio del Espíritu Santo

Después que volvió de Asís y estaba postrada, como ya se dijo, su compañera, que era de admirable sencillez, candor y virginidad, oyó por tres veces una voz que le decía: “El Espíritu Santo está en ti”. Por eso corrió a ella y comenzó a preguntarle: “Díme lo que tienes, porque también a mí como a ti ha sido dicha la misma cosa”. Y la sierva de Cristo respondió: “Si a ti también ha sido dicha, me alegro”, y lo aprobó. Desde entonces la sierva de Cristo reveló a su compañera muchas cosas de los divinos secretos.

La Estrella

Además, su compañera me refirió a mí, fraile, que mientras una vez esa sierva de Cristo estaba recostada cerca de ella arrebatada en éxtasis, vio una especie de estrella perfectamen-

te circular, de muchas y admirables variaciones, luminosa de mil colores. Y de ella salían rayos de cándida belleza, algunos, más densos, otros más sutiles. Los rayos partían del pecho de ella que yacía sobre su costado y se multiplicaban subiendo y elevándose hacia el cielo. Esto lo vio con los ojos del cuerpo estando despierta, y era casi la hora tercera. La estrella no era muy grande.

La Trinidad

Una vez, yo, fraile, que indignamente transcribo estos mensajes divinos, le dirigí esta pregunta: “¿Por qué te fue dicho en la precedente revelación: “Yo soy el Espíritu Santo”; y poco después: “Yo soy el que ha sido crucificado por ti”? Después de esta pregunta, ella volvió a su casa. Más tarde retornó a mí y me contestó:

“Apenas volví a casa, comencé a pensar, ya que me vino una duda acerca de lo que me preguntaste. Cuando se me insinuó alguna duda, yo también dudo, porque me considero totalmente indigna. Mientras yo estaba en la duda, me fue dada la respuesta en estos términos: “Pregúntale al fraile Arnaldo, pregúntale lo que te fue dicho: «Ya vino a ti la Trinidad». Le dirás: «Ya vino, ya vino a ti». Pregúntale cómo pudo venir”.

Y comprendí que, aunque hubiese venido a mí, sin embargo estaba en el cielo y no se alejaba del cielo. Y como todavía no comprendía plenamente y no me parecía que me hubiera contestado de manera comprensible y clara, entonces añadió: “Le dirás: que cuando te fueron dichas estas palabras: «Yo soy el Espíritu Santo»; y después: «Yo soy el que ha sido crucificado por ti», entonces estaba en ti el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”. Y como yo justamente de esto dudaba, o sea de cómo el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo viniera a mí que soy tan indigna, y pensaba que se me dijo esto para engañarme, entonces muchas veces me fue dicho y repetido: “La

Trinidad ha venido a ti". Y por esto me decía: "Pregúntale cómo pudo venir" ¹⁷.

Y se me explicaba cómo en ése coloquio estaban presentes el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y me parece que por tres veces se me dijo que la Trinidad era una sola cosa reunida en uno. Y se me ofrecía el ejemplo del sol y también otro ejemplo, pero yo lo rechazaba, porque cuando se me dicen cosas tan grandes, yo las rechazo, temiendo no ser digna. Quisiera que Dios me diera la sensación de que no puedo engañarme en estas cosas.

La frase: "Toda la Trinidad vendrá a ti", transcripta hacia el fin del paso decimonoveno, se cumplió en el vigésimo.

La Visión de Cristo

Una vez meditaba sobre el gran dolor que Cristo sufrió en la cruz, y pensaba en los clavos de las manos y de los pies, los que, como había escuchado, habían introducido trozos de carne hasta dentro de la madera. Deseaba ver al menos un poco de esa carne de Cristo que los clavos habían introducido en la madera. En ese momento experimenté un dolor tan grande por ese sufrimiento de Cristo que no pude tenerme de pie, sino que me doblé y me senté, e incliné mi cabeza sobre los brazos que extendí hacia el suelo.

Fue entonces que Cristo me mostró su garganta y sus brazos. Entonces la tristeza de antes se transformó en una alegría tan grande que no me es posible decir cosa alguna. Era una alegría distinta de las otras, y no veía ni oía, ni sentía más que esa alegría. Y se encendió una tal luz en lo hondo de mi alma, que sobre esto no tengo dudas, ni podrá haberlas en el futuro. Y me dejó una señal tan cierta de alegría en el alma, que creo que no la perderé jamás.

¹⁷ La *venida* está aquí por *manifestación experimental* de la Trinidad, ya presente en el alma por la creación y por el bautismo; como la *partida* indica *suspensión* de esa manifestación (Blasucci, p. 265).

Había en ese cuello y en esa garganta una belleza tal que comprendí que esa belleza tenía origen en la divinidad. A través de esa belleza me parecía ver su misma divinidad y me parecía estar delante de Dios. Es todo lo que pude ver. Y ese esplendor no sabría compararlo a ninguna cosa o color del mundo. Sólo lo compararía al esplendor del cuerpo de Cristo que de vez en cuando veo durante la elevación.

Al salir de esa visión, comencé a pensar un poco en mí, y ese pensamiento no me daba casi ningún temor. Pero estoy segura de que al tener ese pensamiento ya me había alejado de esa visión.

“En la Eucaristía veo a Dios”

Cuando yo, fraile, oí las palabras por ella pronunciadas, acerca del cuerpo de Cristo, en seguida tomé nota en mi corazón, y le pregunté y la obligué a decirme todo lo que hubiera visto en el cuerpo de Cristo. Y ella, tras mis insistencias, así me contestó:

A veces veo la hostia, como vi la garganta y el cuello, con un esplendor y una belleza tan grandes, más que si fuese el esplendor del sol, que me parece provengan de la divinidad. Por esa belleza comprendo con certeza que estoy viendo a Dios sin ninguna duda, si bien, estando en casa, viera en esa garganta y en ese cuello una belleza aún mayor, tan grande que por el resto de mi vida creo que no podré perder jamás la alegría de esa visión. Y no sabría manifestarla sino mediante la comparación de la hostia con el cuerpo de Cristo, porque en la hostia aparece una belleza más hermosa y más grande que la del sol. Luego mi alma sufre gran pena, porque no puedo expresarme.

Además me dijo que a veces ve la hostia con distintos aspectos, es decir ve en la hostia dos ojos luminosísimos y tan grandes que de la hostia sólo parecen quedar los bordes.

Una vez no en la hostia, sino en la celda de la custodia me fueron mostrados los ojos, y disfruté de tanta belleza y de tanto

deleite que, como la garganta, jamás podré olvidarlo por el resto de mi vida. No sé si fue mientras dormía o velaba, sino que me volvía a hallar con una alegría inmensa e inefable, tan grande que no creo poder perderla jamás

Otra vez me dijo que vio en la hostia a Cristo niño, pero parecía grande y majestuoso, como quien tiene autoridad, y parecía tener en las manos algún signo de poder, y estaba sentado en un trono.

No sabría decir lo que tenía en la mano. Y esto lo he visto con los ojos del cuerpo, como siempre me sucedía ver la hostia con los ojos del cuerpo. Entonces no me arrodillé cuando los demás se arrodillaron. No recuerdo bien si corrí para acercarme al altar o si me quedé clavada por el deleite y la contemplación. Sufrí un gran disgusto cuando el sacerdote demasiado pronto volvió a poner la hostia sobre el altar. Jesús resplandecía de belleza y de gracia, y parecía un niño de doce años. Me sentí tan colmada de alegría que, creo, no me olvidaré de ella por toda la eternidad. Y me comunicó tal certeza que no puedo dudar de nada y de ninguna manera. Por eso no es necesario que tú escribas esto. Y fue tanta la alegría que no le pedí que me protegiera, más aún, no le dije nada ni bueno ni malo. Todo mi gozo consistió en la contemplación de esa belleza inestimable.

El Segundo Paso

Después del año de mi peregrinación a Asís en el cual me fueron dirigidos mensajes divinos, mientras me hallaba en oración y estaba por decir el *Padrenuestro*, de improviso vino a mi alma una voz que me dijo: "Tú estás llena de Dios". Entonces sentí que todos los miembros de mi cuerpo estaban impregnados de la delicia de Dios. Y deseaba morir, como me había sucedido antes yendo a Asís y cuando, ya de vuelta, yací postrada en mi celda. De manera similar otra vez yací postrada. Mi compañera me refería que me brotaban lágrimas de los ojos abiertos.

Entonces la voz me decía —y yo lo experimentaba— que Dios abraza mi alma, y sentía que todo era verdadero. Cuanto estamos diciendo, me parece ser casi una mentira, porque todo sucedía de manera distinta de cómo se puede referir. Además, yo me avergüenzo de decirlo con más fuerza. En esa oportunidad, caminando hacia San Francisco, El me había dicho: “Obraré en ti maravillas delante de los pueblos; y en ti seré conocido; y en ti mi Nombre será glorificado por muchos pueblos”.

“Estarás abrasada en el amor de Dios”

En otra oportunidad, un año después, mientras estaba en oración, de improviso me fueron dirigidas palabras muy deliciosas: “Hija mía, mucho más querida a mí que yo a ti, templo, delicia mía: el corazón de Dios omnipotente está ahora sobre tu corazón”. Y junto a estas palabras me llegó un sentimiento de Dios tan fuerte, más que cuanto hubiera antes experimentado; ¡mucho más! Y también todos los miembros de mi cuerpo experimentaron ese deleite, y yo me postré con ellos. La voz me dijo: “Dios omnipotente puso en ti un amor más grande que en cualquier mujer de esta ciudad, y El se alegra en ti. Dios está lleno de ti y de tu compañera ¹⁸: poned todo empeño para que vuestra vida sea luz para todos los que quieren mirar a ella. Para los que miran y no obran, habrá un juicio duro y severo”.

Mi alma comprendió que este implacable juicio tenía relación con los clérigos más que con los laicos, porque, si bien conocen las palabras de Dios a través de las Escrituras, las desprecian.

¹⁸ “Dios está lleno de ti”; Asombroso intercambio o trasvasamiento divino! Dios llena el alma y a su vez el alma llena a Dios. Es una paradoja que sólo el amor explica. El amor de Dios llena el alma; y el amor del alma llena, o sea, alegra el corazón de Dios. ¡No en vano Dios es Padre y el hombre es hijo!

“El amor que Dios omnipotente ha puesto en vosotras, es tal que continuamente reside en vosotras, si bien no con estos sentimientos. Ahora sus ojos están posados sobre vosotras”. Y me parecía, con los ojos del alma, ver sus ojos y experimentaba una delectación indecible. Sufro ahora porque parece que decimos estas cosas en broma. Entonces, si bien fuese grande mi alegría, me volvían a la mente mis pecados, y no veía en mí nada que fuese bueno, y pensaba que en mi vida no había hecho nada que agradara a Dios. Recordaba todas mis culpas, y en la mente me surgía la duda de que justamente a mí se me dijeran cosas tan grandes.

Y comencé a preguntar: “Si tú eres el Hijo de Dios omnipotente, ¿por qué mi alma no percibe una alegría aún más grande que la que podría sostener, sintiendo que tú estás en mí, aunque yo sea totalmente indigna?”. Me respondió: “No quiero que tú experimentes en ti una alegría mayor, sino una moderada” y añadió: “Sí, en verdad, todo el mundo está lleno de mí”. Y en seguida veía que toda criatura estaba llena de El. Y me susurraba: “Yo puedo hacerlo todo: que tú me veas, como cuando conversaba con los apóstoles, sin sentir mi divinidad; como puedo hacer que tú me sientas, como me estás sintiendo, sin verme”. Y aunque no me dijera con palabras estas cosas, sin embargo mi alma comprendía que decía estas cosas, y mucho más grandes aún. Y sentía que era así.

Y preguntándole yo, fraile escritor, cómo fuese posible, la sierva de Cristo me respondió:

Yo había experimentado que mi alma sentía así. Y mi alma contestó y gritó: “Puesto que tú eres Dios omnipotente y tus palabras son la verdad y tan grandes como tú dices, dame una señal para que tenga la certeza de que eres tú. Sácame de esta duda. Y me asombraba de que hubiera en mí alguna duda.

Insistía para que me diese una señal corporal que yo pudiese ver: por ejemplo, que pusiera en mi mano una vela, o una piedra preciosa, o cualquier otra cosa que El quisiera. Y

añadía: “Yo no mostraré a nadie esta señal, si tú no quieres”. Y me contestaba: “Lo que tú buscas es una señal que te daría gozo al verla o al palparla; pero no te sacaría de la duda y por medio de esa señal podrías ser engañada”. Al hablarme, comprendía lo que estamos diciendo más plenamente de lo que pueda referir, y comprendía con plenitud muchas más cosas que las que estamos diciendo, y con mayor claridad, con un gozo grande y amoroso, del que ni intento hablar. Y Dios quiera que no se me impute pecado, por referir los hechos tan mal y tan imperfectamente.

Después me dijo: “Te doy una señal mucho mejor que lo que me pides. Esta señal estará constantemente contigo dentro de tu alma: SIEMPRE SENTIRAS A DIOS Y ESTARAS ABRASADA EN EL AMOR DE DIOS. Y comprenderás íntimamente que nadie más que yo puede hacerte esto. Y esta señal que pongo en tu alma, es mucho mejor que lo que me pediste. Te doy un amor de mí que continuamente abrasará tu alma. Será un amor tan ferviente que si alguno habla mal de ti, tú lo tomarás como una gracia y te reconocerás indigna de tal gracia. Esto lo tuve yo también. Y el amor que tuve por vosotros fue tan grande que todo lo soporté pacientemente. Entonces reconocerás que yo estoy en ti. Y si nadie te hace alguna ofensa, todavía tú sentirías un gran deseo de ello. Y ésa es una señal veraz de la gracia de Dios, porque yo de esa manera todo lo soporté con gran humildad y paciencia. Y ahora mira: yo te unjo con un ungüento «siricoso», con el cual fue ungido un santo llamado Sírico, y muchos otros santos”¹⁹.

En seguida sentí esa unción y experimenté una dulzura tan grande que deseaba morir, pero con una muerte cargada de todo suplicio corporal. Pero también pensaba que eso sería nada en comparación con todos los tormentos y martirios que padecieron los santos. Entonces deseaba y quería que todos los

¹⁹ Sírico es un santo desconocido. Los comentaristas piensan que Angela quiso referirse a uno de los dos santos patronos de Spoleto, Serenidico y Serenedo, que vivieron en el siglo VII, de los que se decía que el aceite de la lámpara que ardía en sus tumbas tenía propiedades milagrosas.

hombres me echaran ultrajes, y que mi muerte llegara con todas las torturas. Y me gozaba en rogar a Dios por todos los que me causaran estos males. Y me asombraba de esos santos que rogaron a Dios por sus perseguidores y verdugos, porque no sólo debían rogar sino que debían pedir a Dios por ellos una gracia especial. Por eso hubiera querido yo rogar a Dios por esos hombres que me hubieran ultrajado y los hubiera amado con un gran amor.

Por esa unción experimenté entonces, dentro y fuera del alma, una felicidad tal que nunca experimenté tan grande en ningún día de mi vida. De ella no puedo decir ni poco ni mucho. Era un consuelo distinto de los demás. En los otros consuelos, mi deseo era morir en seguida, mientras en éste ansiaba que la muerte fuese larga y cargada con todo tormento y que todos los suplicios del mundo afligieran cada uno de los miembros. Sin embargo, todo esto me parecía absolutamente nada. Mi alma comprendía que este consuelo era apenas una pequeña chispa en comparación con todos los bienes que se me prometían. Mi alma sentía que todo era absolutamente verdadero. Si en ese momento todos los sabios del mundo hubieran dicho lo contrario, no les hubiera creído. Y si jurara que todos los que van por este camino, se salvan, siento que no diría ninguna mentira.

Y me dejó tan firmemente esta señal en el alma, una señal tan clara y luminosa que, pienso, sería capaz de enfrentar el martirio antes que tener alguna duda. Me dejó esta señal que siento continuamente y que es camino cierto de salvación: AMAR y QUERER SUFRIR POR SU AMOR.

La visión del Verbo de Dios

Yo, secretario, le pregunté: “¿Quisieras que te dijeran injurias?” Y Angela me respondió:

Lo quisiera un poco, pero tuve vanagloria, cuando alguna vez se me injurió.

El que hablaba en mí me dijo: “Si tienes alguna duda sobre esta señal, sobre esta unción, pregúntale al fraile fulano ²⁰, al cual he comunicado esa unción y que llegó a comprenderla un poco. Y las palabras que escuchaste de mí son tan sublimes que no me desagrada que tengas dudas. De otra manera tu alegría sería demasiado grande. Me agrada que tengas deseos de estas palabras, que son muy sublimes. Si yo no quisiera que tú tuvieras esas ansias, no las tendrías”. Y en ese momento he visto a Dios.

Yo, secretario, le pregunté cómo o de qué manera lo viera, y si lo veía en forma corporal. Ella me contestó:

Veía una plenitud, un esplendor, del que me sentía tan colmada que no sé explicar. Tampoco sé dar alguna semejanza. No sé decirte si he visto algo corporal. El era como es en el cielo. Lo único que sé decirte es que era la Belleza y el Todo Bien. Todos los santos estaban en presencia de esa majestad y la glorificaban. Pero me parece que en esta visión me detuve poco tiempo.

Precedentemente, la primera vez, me había dicho: “Hija mía, querida por mí mucho más que yo por ti”. A menudo me repetía: “Hija amada, dulzura mía; todos los santos tienen por ti un amor especial. También mi Madre lo tiene. Yo te voy a asociar a ellos”. Y todo lo que me decía de los santos y de su Madre me parecía muy poca cosa, dado que yo estaba disfrutando plenamente de esa dulzura, que El me daba a gustar. Y El me decía: “Del mucho amor que yo siento por ti, te escondo algo a causa de tu debilidad, porque no podrías sobrellevarlo”.

A las preguntas que yo, secretario, le hacía, contestó:

En esto puedes comprender que era el Todo Bien. Yo era invitada a mirar a los santos que estaban delante de esa majes-

²⁰ Según el Padre Ferré en *Le livre de l'expérience des vrais fideles*, París 1927, este fraile fulano sería Francisco Damiani, hermano de Santa Clara de Montefalco, quien en el año 1309 fue guardián de San Francisco de Foligno.

tad y también se me decía que mirase a los otros que estaban por encima de los santos. Pero como yo veía que toda la felicidad de los santos y de los ángeles venía de El y en El se fundaba y que El era el Sumo Bien, me deleitaba sólo en El y no atendía, ni podía atender, ni a los santos ni a los ángeles. El me repetía: “Del mucho amor que yo siento por ti te escondo algo”. Y mi alma comprendía que era muy poco lo que me mostraba del amor que tenía por mí, casi nada en comparación.

Y cuando mi alma decía: “¿Por qué tienes un amor tan grande por mí que soy pecadora? ¿Por qué te complaces tanto en mí, que soy tan enormemente indigna? ¿Por mí que en toda mi vida no hice más que ofenderte?”. Entonces veía que nunca había hecho algún bien sin cometer muchos defectos. Y El me consolaba: “Es tan grande el amor que he puesto en ti que no me acuerdo de tus faltas. Mis ojos no las miran. En ti he escondido un gran tesoro”.

Y mi alma sentía que todo era absolutamente verdadero. No tenía ninguna duda. Y sentía y veía que los ojos de Dios la miraban. En esa mirada el alma experimentaba una tal felicidad que ningún hombre, ni tampoco ningún santo de los que están arriba, si hubiese bajado, podría expresarla o manifestarla. Al decirme que me escondía su mucho amor, ya que yo no podría sobrellevarlo, mi alma le respondía: “Si tú eres Dios omnipotente, tú puedes hacer que yo lo pueda sobrellevar”. El respondía: “Si tú alcanzaras lo que quisieras, no tendrías más hambre de mí. Por eso no te lo concedo. Quiero que en esta vida tengas hambre y deseo de mí, y que desfallezcas por mí”.

El amor de Dios y el amor del alma

Además, en el camino hacia San Francisco, la primera vez que Dios me habló diciendo: “Hija mía, dulzura mía, ámame, porque tú eres amada por mí más de lo que tú me amas”, y mientras yo me acordaba de mis pecados y de mis defectos y de que no era digna de esos grandes amores, entonces El me dijo:

“Muy grande es el amor que tengo por el alma que me ama sin malicia”. Y me parecía que quería decirme que un alma debe arder del mismo amor que El tuvo por nosotros, desde luego según la capacidad del alma. Y si un alma deseara tener ese amor, El se lo daría. ¡Lastimosamente hoy los buenos son pocos! Me había ya dicho en la primera conversación que la fe era escasa y me parecía que se quejara diciendo: “Es tan grande el amor que tengo por un alma que me ama sin malicia que hoy le concedería a ella —como a cualquiera que tuviera un verdadero amor por Mí— gracias mucho mayores que las concedidas a los santos de los tiempos pasados de los que se recuerdan las maravillas que Dios obró en ellos”.

Y ya que toda persona puede amarlo, no hay nadie que pueda hallar disculpas. Y El no busca otra cosa sino que esa alma lo ame, porque El la ama, mejor aún, El es el amor del alma.

¡Qué profundas y abismales son estas palabras: Dios no pide al alma sino que lo ame! Si uno ama de veras, ¿podría reservar algo para sí?

Que Dios ame al alma y que El mismo sea el amor del alma, fue El mismo a explicármelo con vivas razones, por su advenimiento y por su cruz, El que era tan grande. El mismo me explicaba estos misterios de su venida y de su pasión de cruz y cómo El era tan grande.

Y con ardientes razones me los mostraba, diciendo: “Mira si hay en mí algo que no sea amor”. Ante todo me hizo comprender quién lo había enviado, y por qué El había venido, y me descubrió su grandeza. Y hecho tras hecho, me exployó su pasión y su cruz y todo lo dicho anteriormente. Al fin yo veía, y mi alma lo comprendía con absoluta certeza, que El no era más que amor. Y, me parece, se quejaba de que en estos tiempos hallara tan pocas personas, en las que pudiera derramar su gracia. Por esto me decía que habría concedido, a todos los que hallase dispuestos a amarlo, gracias mucho más grandes que las que había concedido a todos los santos que existieron hasta hoy.

A mí, fraile, me dijo:

Tendría recelo de decir lo que digo si no me animara el mensaje que se me dio: se me dijo que cuanto más diga y repita estas cosas a los demás, tanto más quedará en mí.

Todo lo escrito es verdadero

Ayer y hoy ansiaba recibir muchos mensajes. Hoy se me dijo algo nuevo. Estando intranquila acerca de una frase que te había referido en relación con la señal que se me había otorgado, y que yo te había contestado que ya la tenía, y que amaba las tribulaciones, como has escrito, y mientras me preguntaba preocupada si fuera verdad todo lo que dije de mí y que tú escribiste, en seguida me llegó la respuesta: “Todo lo que allí ha sido escrito, es verdadero, y no hay ni una palabra que sea falsa, pero esas palabras eran mucho más ricas, y habían sido expresadas mucho más ricamente”. Pues bien, las cosas han sido referidas imperfectamente y el escritor las ha escrito empobreciéndolas y defectuosamente. Y El me confirmó que yo poseía esa señal, diciéndome: “Dios está presente en lo que estáis escribiendo y está con vosotros”.

Mi alma comprendía y experimentaba que Dios se complacía en ello, pero la confirmación me fue dada en razón de la inquietud surgida a raíz de las muchas cosas que decía, acerca de las cuales no era necesario hacer indagaciones, dada su claridad.

Las enfermedades del alma y el Médico divino

Después de haber transcrito lo anterior, Angela me dijo:

Ahora se me dijo nuevamente esto, y tan claramente me lo hizo entender, y lo llevo tan grabado en mi corazón que con dificultad me esfuerzo por no proclamarlo y gritarlo a todos: “Nadie podrá ofrecer jamás objeciones a su salvación, porque no debe hacer más que lo que hace el enfermo, el cual muestra su dolencia al médico y se dispone a hacer lo que se le ordena.

De la misma manera el alma no debe hacer más ni procurarse otros remedios. Sólo debe mostrarse al médico y disponerse a hacer lo que el médico ordene, cuidando de no mezclar nada que sea contrario”.

Mi alma comprendió que el remedio es su sangre que El da a todos, y que el enfermo no debe hacer otra cosa más que disponerse, y entonces el médico le da la salvación y cura la enfermedad. Y mi alma comprendió y vio que todos los miembros tenían una especial enfermedad, y anotaba los pecados de cada miembro. Y comenzó el alma a examinar todos los miembros y los pecados de cada miembro. Y, con asombro, vio que era capaz de individualizarlos y de juzgarlos. Y él lo escuchó todo pacientemente, y después habló con mucha alegría y en orden, mientras los miembros instantáneamente se curaban: “Esto experimentó María Magdalena: el dolor de hallarse enferma y el deseo de ser libre de la enfermedad. De manera similar, todo el que tuviere ese dolor y ese deseo, puede, como ella, hallar la salvación”.

Y me ofreció otro ejemplo, si bien con cada uno de ellos yo tuviera materia de meditación y de aplicación durante todo el día. Me decía: “A mis hijitos que se apartan de mi reino por causa del pecado, y se hacen hijos del diablo, cuando vuelven al Padre, que es feliz por su vuelta, El les reserva una alegría especialísima. Es tan grande la alegría que el Padre tiene por su vuelta y les da una gracia tan especial, que no da ni a las vírgenes ni a los que jamás se alejaron de El. Esto sucede por el amor del Padre.

Y porque ellos, después de su vuelta, sufren por haber ofendido una majestad tan grande y reconocen que son merecedores del infierno, llegan a un conocimiento tal del amor del Padre que por eso reciben una dicha especial”.

Angela me dijo estas cosas a mí, fraile, con palabras más abundantes y más eficaces y más plenas de luz, tanto que, cuando le releí lo escrito, ella me dijo que más que diluirlo, yo lo había restringido y exprimido, si bien me confirmara que había escrito según verdad. Y añadió que también le había sido dicho:

Al final del escrito añade esto: se den gracias a Dios por todas las cosas que estáis escribiendo. Y todo el que quiera conservar la gracia, no retire los ojos de su alma, esté triste o alegre, de la cruz, que yo le doy o le permito.

La bendición de Dios sobre las limosnas

Una vez, mientras rezaba antes de comer y rogaba a nuestra Señora que intercediera ante su Hijo, para que por los méritos de su santísima pasión me librara de todo pecado y me diera su absolución y su bendición, tanto a mí como a mi compañera; y para que, así como El bendijo cuando se puso de pie para consagrar el convite de los apóstoles y comió con ellos, así bendijera nuestra comida y bebida que estábamos por tomar, en seguida me fue contestado de esta manera: “Hija mía, dulzura mía, lo que pides te es concedido. Todo pecado te es quitado. Y os doy mi absolución y mi bendición”. —Y al decir “os”, estoy segura de que otorgaba el mismo favor tanto a mí como a mi compañera—. Y vuestra comida y vuestra bebida son siempre bendecidas por Dios omnipotente, mientras viváis en este mundo”.

Me puse a considerar si las limosnas que la gente nos da, reciben la bendición cuando son ofrecidas, o sólo la reciben las limosnas que sirven para nuestro sustento. En seguida me llegó la respuesta en estos términos: todas las limosnas que la gente nos da, reciben la bendición, de tal manera que, tanto a nosotros como a todos los que las comparten —por virtud de Aquél que las bendice y cuya bendición ya recibieron— nos serían de provecho, según la mayor o menor disposición de la persona.

Y si los que las reciben, se hallaran en pecado mortal, también sacarían provecho, porque tendrían el deseo de convertirse más pronto a penitencia. Mi alma sentía en ese momento que Dios se hallaba en ella, y advertía que así era por la especial alegría y la divina dulzura que en toda verdad experimentaba de Dios.

Angela dijo que todavía, cuando reza antes de comer, quiere siempre estar segura de que las antedichas gracias sean dadas; y siente que Dios se alegra y más aún se alegra de que ella en su fervor pida siempre esa bendición. Y le parece que a él le agrada que no deje de pedir esa bendición, aun en la duda de que haya sido dada, si bien toda vez le sea confirmado que la bendición ha sido concedida. Y experimenta que Dios le muestra su rostro luminoso y que ella le está agradando. Por otra parte, llega a sentir una gran seguridad y certeza.

Extasis durante la elevación

Me relató que a menudo se le dice:

Pide, y pide bien, y te será concedido.

Y siguió diciéndome:

Estando en la iglesia, al llegar el momento de la elevación del cuerpo de Cristo cuando la gente se arrodilla, me fueron dichas estas palabras: “Hija mía, dulce hija mía, dulce a mi Hijo”. Y la voz pronunciaba estas palabras con mucha humildad, amoroso sentimiento y suma dulzura. Y añadía: “¡Hija mía, dulce a mi Hijo y a mí! Mi Hijo ya vino a ti y recibiste su bendición”. Y me hacía comprender que su Hijo estaba en ese momento sobre el altar, y era como si me comunicara maravillas de suma alegría, tanta que no sé cómo describirla, ni creo que nadie sería capaz de hacerlo. Más tarde, me asombré de cómo haya podido quedarme de pie mientras estaba embargada por una felicidad tan grande.

Y me decía: “Ya que has recibido la bendición de mi Hijo, es lógico que yo venga a ti, y te dé mi bendición. Como has recibido la bendición del Hijo, es lógico que recibas la bendición de la Madre. Recibe, pues, mi bendición, y que seas bendita de parte del Hijo y mía. Pon todo tu empeño en amar, porque tú eres muy amada, y llegarás a realidades infinitas”.

Entonces mi alma fue invadida por una alegría tan grande

como nunca la había recibido. Después que escuché esas palabras, el sacerdote levantó el cuerpo de Cristo, y yo me arrodillé y lo adoré, y mi alegría llegó al colmo. Antes, al escuchar esas palabras, no pude arrodillarme como hacían los demás, sino que me había quedado de pie.

Yo, fraile, le pregunté si había visto alguna otra cosa en el cuerpo de Cristo, como alguna vez le sucedió. Contestó que no. Sólo sentía con toda verdad a Cristo en el alma. Volví a preguntarle: “¿Cómo sabes que está de veras?”. Ella me respondió:

Lo sé porque no hay nada que compenetre tanto el alma con el fuego ardiente, como cuando Cristo se halla en el alma y con delicia de amor. Entonces no se trata del fuego como suele arder, sino que es un fuego de suave amor. Yo no tengo dudas cuando un tal fuego está en el alma, porque ella conoce que de veras está Dios, y que ningún otro lo puede hacer. Entonces todos los miembros sienten un desligamiento, y yo quiero que así sea. Y todos los miembros sienten una sublime embriaguez, en la cual yo quisiera quedar siempre. Y también gritan los miembros cuando se desligan, y este desligamiento lo siento, sobre todo, durante la elevación del cuerpo de Cristo. Entonces las manos se desligan y se abren.

El tercer paso

La sierva de Cristo dijo que una vez pidió a Dios que le diera algo de sí y se hizo la señal de la cruz. Y le pidió que le mostrara quiénes son sus hijos. Y Dios en lo íntimo del alma le dijo esta parábola:

Había un hombre que tenía muchos amigos y los invitó a un banquete, e hizo sentar a su mesa a los que se adhirieron, porque no todos los invitados se presentaron. El hombre se disgustó por los que no se presentaron, porque había preparado el banquete con gran suntuosidad, e hizo sentar a los que

llegaron. El los amaba a todos y para todos había preparado el banquete; sin embargo, a los que más amaba, los hizo sentar a una mesa especial cerca de sí. Y con aquellos a los que más amaba comió en un mismo plato y bebió de una misma copa.

Yo pregunté con gran gozo del alma: “¿Cuándo es, Señor, que Tú invitas así a todos? Dímelo”. Y me contestó: “Yo he llamado e invitado a todos a la vida eterna. Los que quieren venir, que vengan, porque nadie podrá justificarse por no haber sido invitado. Si quieres comprender cuánto los he amado y cuán ardientemente haya deseado que vinieran, mira a la cruz”.

Siguió diciendo: “Mira: los invitados están llegando y se sientan a la mesa”. Y me hizo comprender que El era la mesa y a la vez el alimento que ofrecía. Le pregunté: “Los invitados, ¿por qué camino llegaron?”. Me respondió: “Por el camino de la tribulación, y son los vírgenes, los castos, los pobres, los pacientes y los enfermos”. Y enumeraba muchas categorías de personas que se salvarían. Y yo en toda palabra comprendía el contenido y la explicación, y disfrutaba enormemente. Hasta me esforzaba por no mover ni los ojos, para no perder esta felicidad.

Y estos convidados son llamados hijos. Y sus palabras me explicaron que la virginidad y la pobreza y las enfermedades y la pérdida de los hijos y las tribulaciones y el despojo de los bienes... todas estas cosas eran dadas por Dios a sus hijos para su bien. El enumeraba muchas cosas dando motivos y explicaciones y yo lo comprendía todo muy bien.

Pero a veces los hijos de Dios no conocían esto ni lo apreciaban y al principio sufrían mucho, pero después lo soportaban en paz y reconocían que las tribulaciones venían de Dios.

Dios Padre y sus hijos legítimos

Los que son invitados a una mesa especial, aquellos a quienes el Señor quiere cerca de sí para comer en un mismo plato y beber de una misma copa, éstos son los que desean conocer quién es este hombre tan bueno que los ha invitado, pa-

ra poderle agradar. Son los que saben que son muy amados por el omnipotente Dios y se reconocen indignos, y para mejor entender van hacia la cruz, en sus brazos se fijan, la contemplan y ahí encuentran el amor.

A estas almas les es revelado cómo Dios Padre envió a su Hijo por amor, y cómo el Hijo estuvo de acuerdo en ese amor al venir, y cómo las buscó y las redimió. Y para obrar todo en orden, antes envió a los ángeles, y después, según nuestra manera de hablar, El abandonó al Padre, abandonó el cielo y su dignidad.

Y me escribió en cada detalle la pasión de todos sus miembros: los tormentos, los ultrajes y las crueles palabras. El abandonó en este mundo a su Madre —cosa que le produjo dolor enorme— y a sus Apóstoles. Al preguntarle yo cuál fue el mayor dolor de la Madre, me contestó que en el corazón. Y me dijo en compendio, ya que sería demasiado largo exponerlo: “A estos hijos, tan ligados a mí, les son manifestados todos los misterios del amor”. En ese momento mi alma escuchaba y experimentaba esos misterios del amor mientras que su relato o la escucha del relato son una nada. Entonces a mi alma se le dijo: “Te asombras de este cuerpo de Cristo tan afligido y atormentado. ¡Cuánto más debieras asombrarte de la Divinidad que soportó que sucedieran todas estas maldades en su humanidad, que es como el velo que disfraza su divinidad!”.

Para comprender mejor, me fue dicha otra parábola, la de un hombre nobilísimo que no puede ser ofendido en su persona, pero que es ofendido y destruido en su casa, o sea, que en lugar de la persona, es arrasada su casa. De esa manera se me mostraba que, aún siendo Dios impasible, sin embargo permitió que grandes ultrajes fueran arrojados contra la Divinidad en presencia de todos, ¡y esto por amor nuestro!

Yo fraile, secretario, descuidé un poco esta parábola. Por la prisa y porque era demasiado amplia, recorté y compendí esta larga y hermosa exposición y su doctrina divina.

Entonces el alma se inflama de amor y considera casi poca cosa la pasión del cuerpo de Cristo en comparación con el

amor de la Divinidad de Cristo. Y al alma se le dice: “Ya que Dios hizo todas estas cosas por ti, y quiso nacer por ti, es decir quiso bajar a tanta degradación e infamia por ti, es lógico que tú, alma, mueras a ti misma, a los vicios y a los pecados, y nazcas a Dios, que es subir a una gran dignidad”.

Cuando el alma muere a sí misma y aprende a conocer un amor tan grande, entonces le es dada la vida de la gracia y ella vive en Cristo. Y a esos hijos, tan ligados a El, Dios les permite grandes tribulaciones, y lo hace por gracia especial, para que coman con El en un mismo plato. “A este banquete yo también fui llamado —me decía Cristo— y sentí la amargura del cáliz que bebí, pero el amor lo hizo dulce”.

De la misma manera para estos hijos que conocen estos beneficios y viven en gracia, aunque experimenten de vez en cuando amargas tribulaciones, por el amor y por la gracia que hay en ellos, lo amargo se torna dulce, hasta sentirse más afligidos cuando menos sufren. Sólo se sienten felices y sienten la presencia de Dios cuanto más soportan tribulaciones y persecuciones

Y me refirió otra parábola:

Hay un padre que tiene hijos pecadores —y se me hace entender cuáles eran esos pecados— y, si bien inocente de las culpas de los hijos, sucede que por esas mismas culpas es ajusticiado. Y se le muestra al alma el lugar donde fue matado, un cruce de caminos, donde aún se ven huellas de sangre. Es natural y lógico que los hijos se aflijan por la dolorosa ejecución del padre, hecha por la espada, y más aún se aflijan porque fue ajusticiado de manera tan despiadada e infame por sus culpas. Estos hijos llevarán siempre en su corazón el dolor, y es tan grande este dolor que se cuidarán y evitarán pasar por ese camino. Y si les toca pasar no podrán pasar sin una enorme congoja, como si recientemente hubiera acontecido la ejecución del padre.

Considera, alma, cuánto mayor debería ser tu dolor por la muerte de Cristo, El que es más que un padre terreno y ha muerto por tus pecados. Y yo me decía: “Sufre y padece, alma,

cuando pasas cerca de la cruz en la cual Cristo fue muerto. Ese es el lugar donde debes estar y descansar, porque la cruz es tu salvación y tu lecho, y debe ser tu alegría, porque ahí está tu salvación”.

Hay que admirarse cómo los hombres pasan tan apresuradamente delante de la cruz sin detenerse. Y me decía que si el alma ahí se detuviera, siempre hallaría sangre casi fresca. Y con este ejemplo me hacía comprender cuáles son los hijos legítimos.

Después de esto, cada vez que pasaba delante de una cruz pintada o de un cuadro de la pasión, me parecía que lo pintado fuera una nada en comparación con la suprema pasión que en realidad El padeció y que me fuera mostrada y grabada en el corazón. Por esto no quería mirar ninguna pintura, porque todo me parecía muy poca cosa y nada.

Al interrogarla yo, secretario, la sierva de Cristo quiso confirmarme la verdad de que los hijos de Dios en las persecuciones y tribulaciones, que padecen, sienten una dulzura divina —como ha sido dicho en la admirable conversación que Dios tuvo con ella y que ya he relatado—. Por esto me narró una experiencia personal. Un día fue afligida por los hermanos y por los vecinos, pero no le fue posible manifestar la dulzura que experimentó ni las lágrimas de alegría que sintió correr por su rostro.

El “lavatorio” del Jueves Santo

Cuando terminó de relatarme lo que Dios le había comunicado acerca de los hijos de Dios, los que como hijos predilectos comen en un mismo plato y beben del mismo cáliz de Cristo y, aunque sientan lo amargo, esto se torna dulce tanto que llegan a preferirlo, yo comencé a hacerle objeciones sosteniendo que era un discurso demasiado áspero. Entonces la sierva de Cristo me refirió una experiencia personal, con la cual intentaba convencerme que no era áspero sino dulce. Me dijo así:

El Jueves Santo dije a mi compañera que juntas fuéramos a la búsqueda de Cristo: “Vamos al hospital y quizás hallaremos a Cristo entre esos pobres, cargados de mil penas y aflicciones”.

Y llevamos con nosotras las tocas que pudimos hallar, porque otra cosa no teníamos, y dijimos a Azucena, empleada del hospital, que las vendiera y comprara unos víveres para esos enfermos. Y ella, aunque al principio se resistiera mucho diciendo que nosotras nos burlábamos de ella, al final, gracias a nuestras insistencias, lo hizo. Y vendió las tocas de nuestras cabezas y compró unos pescados, mientras de parte nuestra añadimos todos los panes que nos habían dado para nuestro sustento. Ofrecimos a los enfermos las cosas, lavamos los pies de las mujeres, las manos de los varones y en particular de un leproso que tenía las manos muy podridas y purulentas tanto que se caían a pedazos, y bebimos de ese lavaje ²¹.

Sentimos una dulzura tan grande que por todo el camino volvimos embargadas por una indecible suavidad, como si hubiéramos comulgado. Y de veras, por la inefable suavidad que experimenté, me parecía como si hubiese comulgado. Y porque un fragmento de esa carne llagada se me había adherido a la garganta, yo me esforzaba por tragarlo, y tenía escrúpulo de escupirlo, como si hubiese comulgado, si bien no quería escupir para tirarlo, sino para desprenderlo de la garganta.

La reprobación de Dios

En el mismo día en que transcribí lo antedicho, si bien no

²¹ Es un acto heroico, más de admirarse que de imitarse. Lo que a todos nos interesa es el espíritu de fe que alienta en el corazón de Angela, que bajo las abyectas apariencias de un enfermo sabe ver a Jesús, el gran paciente, del que cada enfermo es miembro. ¡Qué distinta sería nuestra vida, si viéramos a Jesús en los demás y lo demostráramos con consecuente generosidad! ¡Qué gozo sería servirlo a El en los hermanos! Ya Jesús nos lo había dicho: “*Todo lo que hagáis a uno de los míos, aunque fuere el más pequeño, a mí lo hacéis*” (Mt. 25, 40).

todo, la sierva de Cristo volvió a su celda y comenzó a rezar el Padrenuestro de la pasión, según su costumbre. Al terminar, en seguida le fueron dirigidas estas palabras:

Todos los que son enseñados por Dios y son iluminados para que comprendan su camino, si tapan sus oídos a esta luz y a esta enseñanza que Dios de manera especial les ofrece, y no quieren escuchar ni prestar atención a lo que Dios les inspira en el secreto del alma, sino que endurecen su corazón y siguen una doctrina diversa de la que Dios les inculcó e insisten en llevar una vida ordinaria contra su conciencia, éstos reciben la maldición de Dios omnipotente”.

Muchas veces le eran repetidas estas palabras porque ella rehusaba atenderlas, ya que le parecían demasiado duras y temía haber engaño en el hecho de que Dios maldijera a aquellos a quienes había dado la luz y la gracia. Y se le indicaba el ejemplo de una mujer que había comenzado a aprender y a hacer labores refinadas y que ponía todo su empeño, tanto que fue necesario cambiarle maestra²². Y después se le dijo otro ejemplo y se le ordenó que me lo refiriera a mí, fraile, porque yo lo hubiera comprendido mejor que el otro de la mujer. Por esto a menudo se le repitió que me refiriera esas palabras y ese ejemplo. Explícitamente se le dijo:

“¡Díselo!”. Era el ejemplo de un estudiante enviado por el padre al colegio. El padre le pagaba los gastos, y lo distinguía en los trajes y lo animaba a estudiar. Más adelante el padre se empeñó en buscarle un maestro aún más capaz. Pero sucedió que el estudiante se portó con negligencia. Por esto el padre lo devolvió a la vida del mundo y al trabajo de los campos y de todo lo que había aprendido no le quedó nada.

Así el cristiano, quien antes es instruido por la predicación y por la Escritura, y después en modo especial es enseñado por

²² La parábola de la mujer costurera es incompleta, pero su desarrollo y su sentido parecen los mismos que en la siguiente parábola del estudiante negligente.

Dios que le comunica una luz particular para que comprenda cómo se puede seguir el camino de Cristo —y justamente para aprender ese camino el Padre lo había confiado antes a los maestros y después El mismo lo educó con particular doctrina y luz, que nadie podía enseñar sino solo El—, si este cristiano se comporta con negligencia y adrede se endurece, como se dijo, y, en lugar de ser luz para los demás según el deseo de Dios, desprecia la doctrina y la luz, Dios Padre le quitará la luz y la gracia y lo reprobará.

Y como yo, fraile, ponía en duda de que se pudiera llegar así a la maldición, la sierva de Cristo me dijo:

Y una duda tan grande que me ha sido muy penoso escuchar. Por eso dije a mi compañera que no quería decirte nada por miedo a que pudiera haber engaño. Pero me fue ordenado que te lo dijera a ti, a causa de alguna palabra que te tocaba. Pero de esas palabras yo veía el aspecto positivo y no negativo, y en este sentido saqué una provechosa lección.

La sierva de Cristo me precisó que otras veces Dios le había dado amplias explicaciones, como la que se acaba de relatar.

La soberbia

Me refirió que una vez Dios le dijo y le demostró, de una manera eficaz y detallada, que ella era una nada, una criatura hecha de barro, y que en ella no hallaba ninguna bondad. Al contrario, Dios que la ama y al que ella puede amar, es una realidad sublime y perfecta. Cuando recuerda todo eso, la soberbia no halla lugar en ella y ella de ningún modo puede cometer pecado. Después que se le mostró la potencia de Dios y la vileza de ella, se le dijo:

“¿No adviertes tú que yo he venido por ti?”. Y cuando veía y comprendía lo que era y lo que llegué a ser a causa de mis

ofensas contra Dios, sentía que no existe ninguna criatura más indigna que yo.

Además, me contó que una vez, habiendo pedido a Dios en la oración que fuera su maestro, Dios le mostró cómo lo había ofendido en muchas cosas, y ante todo detallaba cómo lo había ofendido con los cabellos. Esta enseñanza era muy hermosa, larga y útil, pero yo no la pude transcribir porque se había hecho tarde y debíamos los dos salir de la iglesia. Más tarde ocupado en anotar otras experiencias, descuidé lo anterior.

Dios y las criaturas

Yo, fraile, secretario, quise saber y aprender de ella cómo Dios puede ser conocido a través de las criaturas. Y le nombré a un santo fraile del cual se decía que conocía mucho a Dios a través de las criaturas, si bien yo me hallaba turbado por un escándalo que en ese entonces me había afectado. La sierva de Cristo así comenzó a decir y a explicar:

Una vez me visitó uno que decía conocer a un hombre el cual tenía el conocimiento de Dios a través de las criaturas. Entonces comencé a pensar en este punto: si es más grande conocer a Dios a través de las criaturas o conocer a Dios en uno mismo, es decir en el alma. Después de Maitines rogué a Dios que me mostrara lo que le pedía.

Entonces se me propuso una comparación, cuyos detalles ya no recuerdo bien, en la cual me parecía se hablara de un hombre poderoso y nobilísimo, que poseía amplias e innumerables riquezas y tenía también unos súbditos, que disfrutaban de esas riquezas. Estos súbditos, gracias a la abundancia y excelencia de sus riquezas, llegaron a conocer la bondad de su señor, del cual no recibían ni compartían más que cosas buenas. Pero de ese señor depende también otra categoría de hombres los que, si bien lo conocen por sus riquezas, sin embargo lo conocen mucho mejor a través de la bondad de su persona, que experimentan en sí mismos.

Yo insistí para conocer más de este argumento. Ella me contestó que las respuestas a ésta como a otras cuestiones que yo le proponía, le eran como impedidas. Dejé, pues, de escribir.

Ubicuidad del cuerpo de Cristo

Una vez le pregunté cómo el cuerpo de Cristo puede hallarse simultáneamente en todo altar. Ella me respondió que Dios así le había contestado:

Este hecho sucede por la potencia divina; y esta potencia, de la cual habla la Escritura, no puede comprenderse en esta vida. Los que la leen, poco entienden, mientras entienden más los que tienen sensibilidad por las cosas de Dios; pero ni los unos ni los otros tienen plena comprensión en esta vida. Llegará el tiempo en que comprenderéis.

La restitución de los bienes ajenos

Una vez le pedí que rogara a Dios por fray Domingo de las Marcas para que no sufriera engaño. Habiendo ella eficazmente orado, en seguida le vino la respuesta:

Todo bien ajeno ha de ser restituido con mucha solicitud. Siempre, mientras uno vive, ha de guardar para sí sólo lo suyo. Con la misma solicitud con que uno ha de tener lo que es suyo, ha de devolver lo ajeno. Y ningún hombre debe mezclar lo propio con lo ajeno.

Y se le mostró el ejemplo de la bienaventurada Virgen:

“Toma el ejemplo de mi Madre, que siempre retuvo lo suyo y devolvió lo ajeno”. Y me mostraba su ejemplo personal de cómo El retenía lo suyo, si bien no tuviera ninguna necesidad, ya que El está siempre en Dios Padre y Dios en El.

La sabiduría de Dios y el recto juicio

Una vez se me pidió que rogara a Dios por algunas cosas que quería conocer un fraile de las Marcas, el cual insistió para que le diera una respuesta. Yo no me atrevía a rogar a Dios por esas cosas; tampoco lo podía, ya que si bien con mucho gusto deseaba conocerlas, sin embargo, me parecía soberbia y necedad rogar a Dios por esas cosas que él quería saber. Mientras me hallaba entregada a estas reflexiones, de improviso mi mente fue arrebatada y elevada hasta una mesa que no tenía ni principio ni fin. Fui colocada allí, no tanto para contemplar la mesa, sino para ver lo que se hallaba sobre la mesa.

Veía una plenitud inenarrable, de la cual nada puedo decir ni contar. Sólo esto sé decir: veía al Todo Bien. Y sobre esa mesa veía la plenitud de la divina sabiduría, y en esa plenitud de la divina sabiduría veía que no era lícito indagar y querer saber lo que la sabiduría de Dios quiere hacer, porque eso sería anticipársele. Desde ese día, cuando hallo a gente que quiere indagar esas cosas, me parece y entiendo que se equivocan.

Desde aquel día, por lo que he visto desplegado sobre la mesa, es decir la divina sabiduría, me quedó una especie de inteligencia que me permite juzgar personas y cosas espirituales, cuando oigo hablar de ellas o las oigo hablar. Y no juzgo con ese criterio con el cual solía en el pasado caer en error, sino con un juicio distinto y verdadero que bien entiendo. Por eso no tengo ni puedo tener conciencia de errar en ese juicio. Otra cosa no sé decir de lo que he visto. El alma me repite este vocablo “mesa” y el hecho de que fui puesta en pleno éxtasis delante de una mesa. De lo que pude ver sobre esa mesa no tengo nada más que relatar fuera de lo dicho.

El cuarto paso

Una vez le fue dirigida esta palabra de Dios:

“Yo que te hablo, soy la potencia de Dios que te doy la gracia. Y la gracia que te doy es tan grande que quiero que aproveches a todos los hombres que te verán, y no sólo a ellos, sino que ayudes y aproveches a todos los que pensarán en ti u oirán nombrarte. Y mayor bien harás a los que más tengan de Mí”.

Mi alma, si bien experimentó una irresistible alegría, con todo objetó: “No quiero esta gracia porque temo que me haga daño, produciendo en mí vanagloria”. Y la respuesta fue inmediata: “Tú no entras para nada en tal don, porque no es tuyo. Tú sólo eres el custodio. Cuida ese bien y restitúyelo a Aquél al que pertenece”. Entonces el alma comprendió que ese don no le podía hacer ningún daño. Después El me dijo: “Me gusta que tengas ese temor, porque ésas son cosas mías”. Y me encomendó que hiciera las tres cosas ya indicadas: “Empeñate en hacerlas, y si las haces alcanzarás lo que has pedido a mi Madre en una medida tal que hasta ahora no tuviste”.

Yo había pedido a la bienaventurada Virgen que en ocasión de la primera fiesta litúrgica me impetrara de su Hijo la gracia de conocer que no había engaño en las revelaciones que se me hacía. Entonces quedé llena de alegría por esas palabras y con mucha esperanza de que la bienaventurada Virgen me alcanzaría lo que había pedido, como ahora se me prometía. También se me había dicho que me sería concedida la gracia de hacer siempre con su permiso lo que debía hacer. Después de esto comencé a poner en obra esas tres cosas.

En una conversación que escuché, me habían sido precisadas esas tres cosas así: “Dios se manifestó a ti; El te habló; y El te dio el sentimiento de sí, para que evites de ver, hablar y escuchar cosa alguna sino según su voluntad”. Comprendí que estas palabras me eran dirigidas con mucha discreción. Y apenas comencé a practicar esos tres consejos, en seguida mi corazón se desprendió de todas las cosas terrenales y se puso en Dios, de tal modo que no podía pensar ni ver sino a Dios.

Y si hablaba, o comía, o hacía cualquier cosa, nada impedía que mi corazón estuviera siempre en Dios. Y si me hallaba en oración y quería ir a comer, le solicitaba permiso y El me lo daba diciendo: “Vete y come con la bendición del Padre y del

Hijo y del Espíritu Santo”. A veces me daba permiso en seguida, otras veces me hacía esperar un poco. Y esto duró tres días y tres noches.

Intrusión diabólica

Terminada esta experiencia, un día mientras me hallaba perezosamente sentada en casa ²³, me fue dirigida la palabra: “Yo que te hablo soy San Bartolomé que fui desollado”. Y se elogiaba mucho y mucho me alababa. Entre otras cosas me decía que ese día se celebraba su fiesta. Pero mi alma se llenó de tristeza y de distracción, y no era capaz de orar ni de recogerme. En seguida me di cuenta que había mentido porque no era la fiesta de San Bartolomé sino la de Santa Clara. Esa tristeza y esa distracción me duraron diez días hasta la octava de la Asunción, cuando llegué a Asís.

Entonces ella se confesó lo mejor que pudo, para serenar su alma, y se preparó para comulgar. Mientras se cantaba la Misa, se puso cerca de la cruz entre las rejas. En ese momento Dios le dirigió su dulcísima Palabra que al instante serenó su alma:

“¡Hija mía, dulzura mía!” y otras frases más preciosas. A decir verdad, antes de ese momento, Dios me había tranquilizado el alma con sus palabras divinas, en una de las cuales me dijo: “Hija mía, dulzura mía, ninguna criatura puede consolarte sino yo solo”.

²³ 12 de agosto de 1292: es pleno verano y hace calor en Foligno. Angela, como todos los habitantes, se abandona a un momento de pereza. El diablo aprovecha la ocasión para provocar en ella con engaño una inquietud interior que dura diez días. La prueba es mucho más severa, si pensamos que el 15 de agosto, Asunción de la Virgen, pasa sin que ella reciba el prometido acrecentamiento de la certeza. ¡Qué duramente ha sido castigada esa pereza momentánea! (Leclève, p. 73).

La potencia de Dios

Después Dios me dijo: “Quiero mostrarte algo de mi potencia”. En seguida se abrieron los ojos del alma, y veía una plenitud de Dios, en la cual yo abarcaba todo el mundo, lo que hay aquende y allende los mares, y el abismo, y el mar y todo. En todo no discernía más que la potencia de Dios, si bien de manera indecible. Y el alma, embargada de suma admiración, lanzó un grito: “¡Este mundo está grávido de Dios!”. Y veía que todo el mundo era una cosa pequeña. Todo lo que está aquende y allende los mares, y los abismos, y el mar y todas las cosas, todo me parecía una cosa pequeña; pero la potencia de Dios trascendía y lo llenaba todo, y me dijo: “Acabo de mostrarte algo de mi potencia”. Y comprendí que después de esto podía entenderlo todo mucho mejor.

Y me dijo: “Mira ahora mi humildad”; y veía la profunda humildad de Dios en relación a los hombres. El alma, comprendiendo su sublime potencia y su profunda humildad, quedaba estupefacta y se juzgaba a sí misma absolutamente una nada, y no veía en sí misma más que soberbia. Entonces comencé a decir que no deseaba comulgar, porque me veía totalmente indigna, y en ese momento era totalmente indigna.

Y me dijo después de haberme mostrado la potencia y la humildad: “Hija mía, ninguna criatura, si no por la gracia de Dios, puede llegar a ver estas cosas a las que tú has llegado”. Y, estando próximo el momento de la elevación del Cuerpo de Cristo añadió: “Mira, la potencia divina está ahora sobre el altar, y yo estoy dentro de ti. Tú me recibes, porque ya me recibiste. Comulga con la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Yo soy digno, te hago digna”. Entonces quedó en mí una dulzura inefable y una alegría enorme, de la que, creo, no voy a carecer durante mi vida.

De esto no quedó en mí ninguna duda. Creo que en ese día me fue concedido lo que había pedido a la Madre de Dios que me alcanzara de su Hijo. En ese momento quedé satisfecha como la Palabra de Dios me había prometido, y se me otorgó lo pedido.

Gozos y tribulaciones

Una vez mientras se hallaba enferma, le fue dicho:

“El fraile tal ha sido nombrado guardián y ha sido confirmado de manera segura y cierta”. Y después: “Di a tu compañera que efectivamente ha sido confirmado”. En seguida comprendí que si ese fraile no había sido confirmado guardián de los frailes, ese anuncio debía entenderse en sentido espiritual, o sea que había sido confirmado guardián en las cosas divinas. Me puse a pensar que para mí el anuncio era oscuro, pero la voz repitió: “Di al fraile que con seguridad ha sido confirmado guardián”, y eso lo precisó porque yo estaba en duda de si comunicárselo a él.

Y estando en cama enferma, se me dijo: “Levántate y ponte de rodillas con las manos juntas”. Por la debilidad no confiaba en levantarme, sino que me enderecé apoyándome en la cama. No hice lo que se me ordenaba, sino que me senté sobre el borde de la cama. Muchas veces se me dijo y se me repitió, mientras estaba acostada y me levantaba de esa manera cerca de la cama. Al final me ordenó: “Levántate y golpéate el pecho, y delante de tu compañera confiesa tu culpa, la de no haber obedecido”. Entonces me levanté muy gozosa, tan ágil y alegremente, como si antes no hubiese padecido dolores ni enfermedades, y no sentía dolor ni debilidad. En seguida confesé mi culpa a Dios bajo la mirada de mi compañera. Y me dijo: “Di estas palabras: “Sean alabadas y bendecidas la Santa Trinidad y Santa María, Virgen y Madre”. Y repetí esta oración muchas veces con sumo gozo y deleite.

En ese tiempo estaba muy afligida, y me parecía no sentir más a Dios, y me sentía casi abandonada por El. Tampoco podía confesar mis pecados. Por una parte pensaba que todo esto me sucedía por soberbia; por otra veía dentro de mí, hasta el fondo, mis muchos pecados, tanto que me parecía no poderlos confesar con la debida contrición, sino sólo a flor de labios. Me sentía impotente para manifestarlos.

Tampoco podía alabar a Dios ni quedarme en oración. Me parecía que de Dios sólo me había quedado esto: que no sufría